

Antoni Martí Monterde

El falso cosmopolitismo

1927: Guillermo de Torre, Jorge Luis Borges
y los Meridianos literarios del nacionalismo español



H&O

Primera edición: febrero de 2024

© De los textos: Antoni Martí Monterde, 2024

© De esta edición:
H&O Editores
www.hyo-editores.com

Fotografía de la faja: 123rf
Fotografía de la contra: Alamy
Diseño de colección: Silvio García-Aguirre López-Gay
Maquetación: Fotocomposición gama, sl
Corrección: Guillermo Pérez Ortiz
Impresión: Arteos

ISBN: 978-84-127696-9-2
Depósito legal: B 1423-2024

Todos los derechos reservados. Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y el alquiler o préstamo público sin la autorización por escrito de los titulares del *copyright*, salvo las excepciones previstas por la ley.

Sobre Guillermo dice: «Es un idiota, pero no hay que dejarse engañar por ello: también es una mala persona».

ADOLFO BIOY CASARES, *Borges*
(Domingo, 4 de agosto de 1957)

*Vivimos una hora de promisión.
Mil novecientos veintisiete: gran víspera argentina.*

JORGE LUIS BORGES, *El idioma de los argentinos*

*Al español o se le mata o no queda ningún modo
de impedir ser salvados por él.*

MACEDONIO FERNÁNDEZ, *Cuadernos de todo y nada*

PRÓLOGO

CONTRA GUILLERMO DE TORRE Y LOS DEMÁS

Dentro de pocos años, en 2027, tendremos la oportunidad de asistir a diversas conmemoraciones mundiales. La más importante, sin duda, será el segundo centenario de la idea de *Weltliteratur*, que Goethe formuló por primera vez la tarde del 31 de enero de 1827, en conversación con Johann Peter Eckermann:

Cada vez me doy más cuenta de que la poesía es un bien común de la humanidad que se manifiesta en todos los lugares y épocas, y en cientos de personas. [...] Por eso me gusta echar un vistazo a lo que hacen las naciones extranjeras y recomiendo a cualquiera que haga lo mismo. Hoy en día la literatura nacional ya no quiere decir gran cosa. Ha llegado la época de la literatura universal y cada cual debe poner algo de su parte para que se acelere su advenimiento.¹

Pero en 2027 la literatura española tendrá, como en 1998, una oportunidad para subrayar uno de sus momentos fundacionales modernos: la generación del 27. Hace años que en Málaga se fundó el Centro Cultural Generación del 27, que ha capitalizado, junto con Madrid y la Residencia de Estudiantes, el legado simbólico de aquellos poetas; lo cual no es óbice para cuestionar que pueda aplicarse el método de las generaciones a autores tan dispares como Jorge Guillén, Luis Cernuda y Federico García Lorca, pero las conmemoraciones son así, y, cuando una historia literaria decae, suelen utilizarse

para poner en movimiento el capital simbólico regenerador. El centenario de Góngora y una antología de Gerardo Diego fundaron un mito como cualquier otro, y los historiadores nacionales —y perdón por la redundancia— desarrollaron su leyenda. Tal como ha analizado Javier Moreno Luzón en un libro de reciente aparición:

Las naciones no pueden sobrevivir sin conmemorar su pasado. A golpe de centenarios y aniversarios, elaboran y renuevan los mitos que alimentan sus propias identidades. *Centenariomanía* recorre las celebraciones nacionalistas que, a comienzos del siglo xx, dieron forma a algunos de los principales elementos de la españolidad. En esos años se recordaron, con grandes festejos, la guerra de la Independencia, las Cortes de Cádiz, la emancipación de la América hispana, el descubrimiento del Pacífico, el éxito de *Don Quijote de la Mancha* y la muerte de Miguel de Cervantes. Así quedaron definidos unos cuantos hitos que han persistido hasta nuestros días y que enfatizan la importancia de la lengua, de la historia y de su vertiente transatlántica. Esas efemérides sufrieron los conflictos que dividían a los españoles, pero también se beneficiaron de sus acuerdos. Y pusieron además de relieve su creciente dependencia, en vigor durante casi un siglo, respecto a la dimensión americana de su imaginario nacional.²

Curiosamente, uno de los centenarios hispánicos más importantes, el de Cervantes, no tuvo hasta el siglo xx la debida consideración, y fue más bien un heterodoxo del cosmopolitismo europeo quien abanderó su figura y redactó su primera biografía: Ramón León Máinez.³ Pero dentro de la conmemoración del 27 seguramente pasará inadvertido que 1927 es también el año en que se funda una de las revistas literarias españolas más importantes del siglo pasado: *La Gaceta Literaria*, dirigida por Ernesto Giménez Caballero, y en la cual se publicó, en abril de ese año, un manifiesto que, como un efecto

no deseado de los ideales de Goethe, tuvo un alcance mundial: «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica»;⁴ aunque se publicase como editorial sin firma, su autor, el subdirector de la revista, era sobradamente conocido: Guillermo de Torre.⁵ Aquel manifiesto puso en marcha una polémica transatlántica cuyos efectos se extendieron durante décadas y aún hoy pueden percibirse en las relaciones entre los escritores españoles y los americanos, que, como suelen decir ingleses y estadounidenses, comparten muchas cosas, pero les separa el idioma. Este libro es una historia intelectual de aquella polémica del Meridiano y una crítica del falso cosmopolitismo que engendró Guillermo de Torre con aquel y otros escritos.

Un ensayo suele ser *sobre* un tema o un autor, pero también, como sugieren ensayistas como Jorge Luis Borges y Joan Fuster, *hacia* ese tema o autor. También puede ser, como en Miguel de Unamuno y Julio Camba, contra esto y aquello, e incluso contra lo de más allá. Por otro lado, después de Proust y su *Contre Sainte-Beuve*, resulta muy difícil escribir un libro contra alguien, y, sabiendo que fue el origen de la *Recherche*, resultaría una ocurrencia pretenciosa. En el caso de este libro, podemos añadir algún matiz a la preposición, dándole una acepción más *fusteriana*. Un ensayo también puede ser contra alguien... y los demás.

Por la severidad con que es considerada la figura en que se centran estas páginas podría haber acabado titulándose *Contra Guillermo de Torre*. Nada sería más cierto, pero también nada más equívoco. Este libro estudia su figura y obra, pero solo en cuanto que permite iluminar una serie de contradicciones, paradojas y tensiones en el campo literario internacional, en el ámbito de la filología española en su dimensión americana y también de la literatura comparada en su dimensión

transatlántica: el verdadero tema del libro se sintetiza en el concepto *falso cosmopolitismo*, puesto que la existencia de una red de alusiones y prerrogativas personales respecto al sentimiento cosmopolita es el gran enemigo de los valores clásicos e ilustrados de esa idea, que queda destruida en según qué manos.

Guillermo de Torre fue el verbalizador de la primera *Historia de las literaturas europeas de vanguardia*, que tiene la peculiaridad añadida de presentarse casi simultáneamente a los artistas y movimientos estudiados. En este sentido, desde los años veinte del siglo pasado, su figura tiene un gran relieve en los estudios de la crítica literaria española. Pero, considerado en perspectiva y comparado con otros críticos literarios europeos o españoles de su misma época —es decir, de la parte central del siglo xx—, resulta bastante anodino, un mero divulgador, poco audaz y, además, con una notable tendencia plagiaría, especialmente de publicaciones francesas. Es un capítulo complicado, pero de obligada mención y explicación.

Por otro lado, este libro también contiene, entre líneas, lo que podría considerarse una especie de *novela familiar*. Convocar a Guillermo de Torre y a Jorge Luis Borges en las mismas páginas supone una complejidad inusitada y, por qué no admitirlo, una gran incomodidad crítica: al casarse con Norah Borges, en 1927, e instalarse en Buenos Aires, todo pasa entre vecinos y, por si fuera poco, cuñados; y, sin necesidad de caer en la crítica biográfica, esta condición deja una huella de silencios recíprocos o alusiones indirectas en los textos que cruzaron a lo largo de las décadas. Sus polémicas nunca son demasiado explícitas, nunca llegan al reproche; más bien al contrario: se eluden, aunque no miren hacia otra parte. Se trata de una discusión discreta. Pero la tensión entre sus respectivas posiciones en el campo literario e intelectual puede apreciarse si se releen atentamente ciertos textos en relación con la idea de

campo literario nacional (argentino) e internacional. Registrar e interpretar esta tensión, sacarla de la anécdota biográfica y elevarla a categoría crítica, es también un objetivo de este libro.

El resultado es una revisión de la figura de Guillermo de Torre, pero también de la articulación cultural del doble espacio literario español-americano, con especial atención al nacionalismo cultural español y su incapacidad para entender cabalmente la complejidad americana, más allá de su aprovechamiento como capital simbólico nacionalista.

Como ya hemos dicho, el punto de partida será la llamada polémica del Meridiano iniciada por el manifiesto «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica», publicado en 1927 en *La Gaceta Literaria*, que reunía a Ernesto Giménez Caballero y Guillermo De Torre, entre otros, y tenía a Francesc Cambó como mecenas en la sombra. Lejos de ser un debate aislado y autosuficiente, la polémica del Meridiano funciona dentro de un engranaje de polémicas complementarias entre sí que forman un sistema complejo y duradero de tensiones culturales que se extiende a lo largo de casi medio siglo, desde la polémica recepción del modernismo americano en la España finisecular, pasando por la querrela filológica sobre el idioma de los argentinos y la función del Instituto de Filología de Buenos Aires, especialmente en la época en que lo dirigió Américo Castro, hasta los efectos de la conferencia de Jorge Luis Borges «El escritor argentino y la tradición». Todos estos episodios todavía resuenan claramente en las relaciones entre la literatura española y el resto de las literaturas en lengua castellana; la revisión conjunta de estas polémicas puede iluminar los estudios transatlánticos y, además, ejercer como espejo en el que la historia de la literatura española —como disciplina académica y como agente sociosemiótico nacional— se resiste a mirarse. Y algo parecido, incluso más

severo, podría decirse respecto a la literatura comparada académica española.

La literatura española —y, con ella, la filología hispánica— no sabe qué hacer con la literatura americana en su misma lengua, y no se encuentra cómoda en ese contexto. Este fenómeno permanece hoy en día con una vigencia verdaderamente sorprendente, por no decir patética. Como señaló Enrique Vila-Matas en un artículo de obligada relectura,

el referéndum más cruel lo pasan los escritores españoles en Hispanoamérica, donde, a diferencia de Europa, solo dos o tres escritores —más bien los más alejados del tradicional realismo hispánico y de la prosa barroca que huele a tortilla de cebolla pasada por Frankfurt— interesan. Si comienzan por no interesar en Hispanoamérica, ¿cómo van a interesar al mundo?⁶

Años después, el mismo escritor barcelonés retomaba la cuestión, dando respuesta a una pregunta lanzada por la escritora chilena —afincada en Nueva York— Lina Meruane respecto a la asimetría entre los escritores españoles y los americanos en lengua castellana, así como a la invisibilización de su situación postcolonial por parte de España, incluso en el ámbito especializado. Se pregunta Vila-Matas, citando a Meruane:

«¿Por qué España ha de medirse contra toda *América Latina* siendo apenas un país entre muchos que escribe en castellano y en otras lenguas?»

Sugiere Meruane que estaría bien que los literatos españoles renunciaran a esos idearios metropolitanos y pasaran a ejercer una mirada horizontal a la altura de los tiempos, lo que yo apruebo de inmediato, además de ver en ello un modo perfecto de relajarse, incluso de empezar por fin a divertirse. ¿O acaso no sería divertido medir la literatura española con cada una de las literaturas de esas veinte naciones contradictorias y dialogantes y así de paso evaluar,

de una en una, con interés de verdad, esas literaturas; analizar los contrastes y, en un viaje infinito, adentrarse en la diversidad interna de cada una de ellas?*

Esos idearios metropolitanos constituyen la perspectiva que puede considerarse oficial en España; cualquier atisbo de superación de esa superstición metropolitana queda arrinconado o denunciado por extravagante o desleal. A ello se refiere Vila-Matas en el primero de los artículos citados cuando revisa su historial de desencuentros y marginaciones con la crítica literaria española, a su necesidad de crearse una literatura no nacional española y así poder escapar de la claustrofóbica situación de aislamiento a que su obra era sometida, tanto por los suplementos literarios e instituciones de consagración como por lo que, en el terreno de la ficción, denominó en su momento sarcásticamente los *profesores madrileños*:

El gran problema que tienen los escritores españoles de hoy es su visibilidad internacional. En mi caso particular, creo o imagino que ese problema lo he roto de fuera hacia dentro, trabajando contra el superficial canon nacional que algunos críticos crearon en los años ochenta. En vista de que no encajaba en esa narrativa nueva española (donde se jaleaba el casticismo y el rechazo de todo

* Enrique Vila-Matas, «América en el ojo», *El País*, 17 de febrero de 2015, edición de Cataluña, p. 39. Curiosamente, el primer artículo de Vila-Matas citado apareció en la edición nacional, mientras que este apareció solamente en la edición de Cataluña. No debe pasar inadvertido: sin duda, los redactores y editores de Prisa, especialmente los de la edición catalana, esperaban en el primer caso un pronunciamiento de Vila-Matas contra la presencia de la literatura catalana (escrita solamente en catalán) en la Feria de Frankfurt de 2007; no fue así. Lo que se pudo leer aquel día en aquella página fue, sin embargo, mucho más interesante y sorprendente, viniendo de un autor que casi todo el mundo pensaba que preferiría no hacerlo: un artículo *intelectual*.

experimentalismo), opté por escribir una literatura no nacional española.⁷

Algunos años antes, desde Argentina, el narrador y ensayista Rodolfo Fogwill publicó una reflexión muy parecida, pero con el doble interés de centrarse en la desorientación de la crítica literaria española contemporánea:

Un fantasma flota sobre la crítica española. Es el fantasma de la narrativa suramericana. Y en Suramérica, un mito entretiene a la prensa cultural y a la poca gente que le presta alguna atención: es el mito de la consagración de los autores argentinos en España.⁸

Vistos desde fuera del paradigma madrileño, los críticos literarios españoles son de un provinciano que llega a escandalizar a cualquier lector argentino culto:

Pese a tantos militares retrógrados, políticos imbéciles y salvajes globalizadores que se sucedieron ante los actuales hechiceros populistas, Argentina accedió al destape moral, al psicoanálisis y a las drogas veinte años antes; al estructuralismo y a Lacan, quince años antes, y a la desazón postmoderna, con no menos de una década de antelación, y por eso hoy, cincuentones como Aira y sesentones como Saer, Castillo y Piglia presentan sus obras luciendo una contemporaneidad legitimada por cuatro décadas de usufructo.⁹

Estas cartas transatlánticas cruzadas en los últimos años demuestran que en pleno siglo XXI, a punto de conmemorarse el centenario de la generación del 27 e incluso de la polémica del Meridano, siempre que sea gravitando alrededor de Madrid.

El planteamiento de este libro —que podría adscribirse, dentro de las últimas tendencias en literatura comparada, al campo de los *Transatlantic Studies*— parte también de la necesidad de deshacer un malentendido *profesoral*, casi endémico

más que académico: considerar a Guillermo de Torre un ejemplo de crítico cosmopolita, precursor inteligentísimo, *brillante* —adjetivo engañoso donde los haya—, de la literatura comparada española, según algunos comentaristas, cuando más bien es todo lo contrario. Se empieza por ahí y se termina incluyendo un capítulo sobre Gibraltar en alguna introducción a la literatura.

De ahí el título de este pequeño prólogo —no del libro, finalmente—, que implicaría tanto a De Torre como a muchos otros, demasiados; entre ellos, José Ortega y Gasset; pero también a todos aquellos que, autoproclamándose cosmopolitas, en realidad han ejercido un triste y tópico vaciado de sentido de este término, que ya apenas tiene un vago regusto ilustrado. Por tanto, a través de una serie de episodios de historia intelectual de la crítica literaria, asistimos también a otra manera de presentar el relato que una de las tragedias del liberalismo español, su inconfeso pero rabioso nacionalismo banal,¹⁰ le da al término: un nacionalismo tan fuerte y pagado de sí mismo, pese a su vacuidad, que ni siquiera se reconoce como tal —sobre todo porque los nacionalistas siempre son *los otros*— y que todavía hoy continua desarrollándose, casi como una pertinaz sequía. Un nacionalismo banal sustentado elegantemente por De Torre y —menos elegantemente— por quienes podríamos denominar... *los demás*.

1927: ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA:
MERIDIANOS LITERARIOS Y CAPITALLES
CULTURALES

Madrid, ¿Meridiano intelectual de Hispanoamérica?

El día 15 de abril de 1927 se publica, en *La Gaceta Literaria*, un editorial con aire de manifiesto: «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica», que da pie a una intensa polémica transatlántica: la llamada polémica del Meridiano.¹ Esta polémica debe entenderse en el contexto de un conjunto de debates que se desarrollan casi en paralelo, como los propiciados por Jorge Luis Borges con «El idioma de los argentinos» (1927), la polémica acerca de la lengua de los argentinos a raíz de los postulados de Américo Castro y Amado Alonso, los *Seis ensayos en busca de nuestra expresión* (1928), de Pedro Henríquez Ureña, y *El retorno de los galeones* (1930), de Max Henríquez Ureña. Incluso puede leerse «El escritor argentino y la tradición» (1951), de Jorge Luis Borges, como una respuesta diferida y, quizá, con voluntad de ser definitiva a la cuestión planteada en 1927 por quien todavía no era su cuñado, Guillermo de Torre, pero que estaba a punto de serlo. Por otro lado, el sentido de una fecha situada al borde del tiempo permite pensar en 1927 como un guarismo decisivo de la historia de la literatura española, constructos generacionales incluidos, pero de difícil comprensión: ¿pueden formar Jorge Guillén, Luis Cernuda y Federico García Lorca una unidad inteligible? Y la cosa se complica todavía más si se intenta su proyección transatlántica.